

LA TRADICIÓN LIBERAL

1. Orígenes y fundamentos de la tradición liberal.

Esta nueva orientación política será heredera de muchas de las nociones que se habían ido gestando a partir del **s. XVII** a través de las **grandes revoluciones**. El imperio de la razón y la experiencia, la secularización, la propiedad privada o la conciencia de un individuo trascendente objeto de derechos y libertades, serán algunas de las ideas que, en manos de personalidades como Bacon o Locke (Montesquieu, Adam Smith, etc.), irán configurando el «liberalismo» o «**liberalismo clásico**», y cuyos primeros pasos coincidirán en el **s. XIX** con una de las más relevantes expresiones filosóficas: la filosofía de Kant, con el asentamiento del giro antropológico de la filosofía, tendrá como objetivo último responder a la pregunta fundamental ilustrada «¿qué es el hombre?».

El liberalismo, por tanto, mostrará desde sus inicios una preocupación por **el individuo** y su lugar en **la sociedad**, o sea, por la tensión que se produce entre la vindicación de un individuo de *derechos y libertades*, y el reconocimiento de la necesidad de un poder tan común como artificial como es el *Estado*; lo que constituirá su *núcleo ideológico*. Es por ello por lo que el liberalismo se configurará como una fuerza crítica, revolucionaria y emancipadora, pues el **individuo** será definido como un ser con una vida **independiente**, anterior a cualquier asociación humana, y que, a través de su *racionalidad*, es capaz de dirigir su propia conducta a través de la *autonomía de su voluntad*. El individuo será, en consecuencia, no sólo un **propietario de su persona y capacidades**, así como de los frutos que se generen de su trabajo o actividad —lo que terminaría derivando finalmente en virtud pública—, sino también poseedores «por sí mismos» de un *derecho natural* o humano a la *libertad* y a la *igualdad* que el Estado y la sociedad están obligados a respetar. Una **libertad** no absoluta, sino consistente en estar libre de la violencia y de coacción de los demás, algo que, como sostuvo Locke, «no puede lograrse donde no hay ley», una ley que verifique los límites de la propia libertad.

La **sociedad** es concebida entonces como obra y fruto de la voluntad de una **pluralidad de individuos** que la crean por conveniencia y para hacer posible la vida en común, y que no posee atributos distintos de los que ya poseen sus partes individuales. Al asumir esta visión de la sociedad, los liberales clásicos tuvieron que asumir también los *distintos problemas* derivados de la constante **competencia y conflicto** que se daban entre los individuos (el orden y pacificación, la protección de libertades y derechos de los individuos, y la necesaria influencia en las decisiones políticas). Finalmente, y aun siendo conscientes del peligro que suponía la *concentración* de poder en manos de unos pocos, los liberales vieron la solución en un **difícil equilibrio** entre los *individuos* y el *Estado*. El «**gobierno representativo**» —en ocasiones combinado con la defensa de la *monarquía constitucional*—, fue para los liberales clásicos la forma de gobierno más adecuada en tanto que diferente de la tiranía o el despotismo y de la democracia, cuyo verdadero *sujeto político* no sería otro que el propietario de un cierto nivel de riqueza o renta que asegurase su independencia respecto de los demás.

2. Interludio: La crisis y los rostros del liberalismo.

La *sociedad* que da lugar al liberalismo clásico en el **s. XVII** se verá influenciada por *profundas transformaciones* que cambiarán drásticamente la naturaleza y condiciones de las **sociedades industriales** en tránsito hacia el **s. XX**. El surgimiento de *oligopolios*, de nuevas formas de *organización del trabajo*, nuevos sistemas de *seguridad social* o los nuevos *partidos políticos de masas*, acentuarán la contradictoria necesidad de las sociedades liberales de intensificar la **actividad reguladora** del **Estado** para asegurar unas mejores condiciones de vida de la población. Esta *presión* ejercida por la realidad civil, que obligaba a unir las anteriores ideas de libertad con la demanda de organización social, sumió al liberalismo en una profunda **crisis** que amenazaba con su derrota y fosilización. Estas consideraciones llevaron a muchos liberales de la época, como von Mises, a concluir que el liberalismo si quería seguir siendo útil y ajustarse a la realidad tenía que redefinir su teoría y práctica política trascendiendo la tradición y abriendo el camino a un *nuevo liberalismo*.

Aunque la reforma del programa liberal discurrió en muy distintos sentidos, para muchos liberales de la época este declive social ponía en evidencia la creencia liberal de que el *desarrollo económico* era suficiente para solucionar por sí mismo estos problemas. Defendieron una *nueva forma* de organización social, en la cual se debería reconocer, salvaguardando y potenciando la libertad de los individuos, un *amplio papel a la acción del Estado*. Contribuyeron, en definitiva, a perfilar un nuevo **liberalismo «social»** caracterizado por su distanciamiento con los presupuestos del liberalismo clásico y por su mayor sensibilidad social.

3. El liberalismo social: la revuelta contra la libertad negativa.

Muchos *autores liberales* de finales del **s. XIX** y principios del **XX** percibieron que las **dos nociones** del **liberalismo clásico** de la *libertad* definida como aquella consistente en estar libre de la violencia y de coacción externa y de un *Estado* cuyo fundamento sea el de salvaguardar y verificarla habían sido sumamente perniciosas para la mayoría de los ciudadanos y la propia economía. Estos autores defenderían la necesidad de un **nuevo liberalismo** que se posicionase *frente* a «la doctrina de la libertad negativa». También se reconoció que el *individualismo abstracto* y *ahistórico* propio del liberalismo clásico, es decir, el fundamento primero a partir del cual la satisfacción del vicio privado finalmente, y a través de nociones como el *mérito*, derivaría la *virtud pública general*, no sólo se había fundado sobre principios y supuestos metafísicos carentes de contenido, sino que había dejado de ser aplicable. De esta manera, se hacía necesario crear un «**nuevo individualismo**» que tuviese en cuenta el proceso social e histórico —el «**individualismo social**»— y para el cual, además de ser racional, el individuo era un ser *social* y *autónomo* que necesita unas condiciones adecuadas para alcanzar su realización personal, es decir, *interdependientes* de la sociedad y el Estado. El **liberalismo social**, aunque de distinto modo, será así tan individualista como lo fue el liberalismo clásico.

De este viraje social, podemos observar también el cambio producido en la interpretación en torno al **alcance de la acción del Estado**, pues mientras que la interpretación del **liberalismo clásico** tiende a verlo como la herramienta necesaria para salvaguardar la libertad pensada de forma negativa, es decir, como ausencia de coacción externa, la interpretación del **liberalismo social** lo percibe como una *condición necesaria* para el ejercicio de la libertad por parte de todos. O sea, pasamos de un Estado pasivo a un «si no hay Estado, entonces no hay libertad». Una libertad que

también hace referencia a la **«libertad positiva»**, a aquella capacidad o facultad positiva de hacer o disfrutar que necesita la presencia de unas *condiciones adecuadas* que el Estado, a través de su ampliación, debe proporcionar. De hecho, el **derecho de propiedad** ya no será visto como un derecho absoluto del propietario individual que el Estado deba verificar, sino que poseerá un *carácter social* y será visto como parte de esas condiciones que el Estado también tendría el derecho y la obligación de regular. Y de la misma manera, las **desigualdades sociales** ya no serán vistas como el resultado lógico de las diferentes capacidades naturales de los individuos y de su libre competencia, sino que serán vistas como producto de las diferentes *circunstancias sociales y personales* del individuo. Por lo que el Estado estará obligado a ofrecer unas condiciones sociales básicas que establezca una **«igualdad de oportunidades»** para que así su libertad no sea puramente formal y el resultado deseable de la competencia entre individuos sea óptimo y justo. Al fin y al cabo, la *prioridad de la libertad* sobre el resto de principios de justicia es incuestionable y éste será, por así decirlo, el *límite superior* de la concepción liberal de la justicia hasta aquí descrita.

El liberalismo social habría de ser, irremediabilmente, **democrático**, además de igualitarista. Stuart Mill hablaría de las positivas implicaciones de la *participación política* para el desarrollo individual y social, de manera que el liberalismo mostrará verdadero interés en *ir más allá* de la democracia representativa «protectora» del liberalismo clásico. Apoyará la extensión de los derechos políticos hasta el establecimiento del *sufragio universal*, incluyendo en ello a las mujeres, pues la **libertad política** no será una simple garantía de la *libertad individual*, sino *condición de posibilidad* para que la voz de cada cual sea oída y tomada en consideración.

4. El liberalismo conservador: la reacción contra la libertad positiva.

Al *contrario* que el **liberalismo social**, que vio en el *Estado* una condición necesaria para el establecimiento de una **libertad positiva**, es decir, aquella que requería de unas condiciones adecuadas básicas para realizarse —y que demandó en favor de la pretendida justicia de la igualdad de oportunidades, por tanto, un aumento del propio Estado—, el **«liberalismo conservador»** se afianza como reacción frente a la *sobrelegislación*, la *ampliación del Estado* y el *reformismo social*. Es decir, frente a lo que F. von Hayek definiría tiempo después como *«fatal arrogancia»*, la osadía de creer que es posible planificar y controlar el desarrollo de la vida social y económica. Según estos, lo que esta **sobreactividad estatal** conseguiría en realidad sería fomentar la **pasividad** de los individuos, y lograría que el Estado fuese visto como principal responsable de *problemas* que o bien son generados por el propio Estado, o bien son atajables sin él, de manera que el individuo se habría visto a sí mismo cada vez más **dependiente** de sus *ayudas*, favoreciendo que el individuo ciudadano cada vez pidiese más a un *político* con un *poder* cada vez más ilimitado.

Para **definir** el *radio de acción* del Estado, el **liberalismo conservador** intentará recuperar el **«individualismo radical»** que creyeron propio del liberalismo clásico, y para el cual la sociedad no sería más que la suma de sus individuos; individuos cuyos derechos serían tan amplios que el Estado debería verse obligado tan sólo a protegerlos. El **fundamento** de esta posición se encuentra en su concepción de la *propiedad privada* y la *libertad individual*. Para los liberales conservadores, la **propiedad privada** será el primero y más importante de los derechos individuales, y la apropiación y acumulación de propiedades como fin último será, de alguna manera, la causa y/o consecuencia de una interpretación de la sociedad cercana al *darwinismo social*. El *derecho a la propiedad privada*

constituye para los liberal-conservadores la más importante *garantía* de la **libertad individual**, principio moral sobre el cual no caben compromisos. Esta libertad recuperará las características de la **libertad negativa** desarrollada por los liberales clásicos, es decir, aquella que se define únicamente como ausencia de la coacción de los demás, y que exige la existencia de un Estado en tanto que sólo puede protegerlo y preservarlo. No obstante, los liberal-conservadores admiten que la *amplitud* de esa **esfera de libertad individual** no se puede delimitar de una vez y para siempre, y que corresponde a cada *sociedad* el deber de definir la extensión y los límites de la acción social y del Estado.

El liberalismo conservador definirá la **igualdad** como **igualdad ante la ley** y, en todo caso, como **igualdad de oportunidades**. Pero no entendida tal y como el liberalismo social la definiría —es decir, aquella igualdad que es posible alcanzar una vez que el Estado ofrezca unas condiciones básicas adecuadas a todos—, sino como el igual reconocimiento de los méritos y capacidades de cada uno de los individuos, independientemente del contexto. Idea que será heredera de la concepción del *liberalismo clásico* según la cual los procedimientos de las instituciones de la sociedad deben regular la competencia ajustándose a la propia *diversidad natural* de los individuos, es decir, una especie de **«carrera abierta a los talentos»** en la que estarían excluidas la *justicia social* o la *redistribución de la riqueza*. No sólo porque conllevaría a una cada vez mayor dependencia de un *Estado paternalista* y omnipotente que convertiría al individuo en un siervo, sino porque desde la perspectiva liberal-conservadora sólo es posible hablar de **justicia** cuando puede atribuirse a alguien la *responsabilidad individual* de las consecuencias de ciertos actos.

Por tanto, y ajustándose a la misma diversidad interna del liberalismo conservador, con respecto al ámbito de **actuación legítima del Estado** se han dado diversas respuestas. Desde la **desaparición** del Estado, hasta un Estado garante con **«funciones de producción»** que van más allá de la mera protección y verificación de derechos. Para ello, los liberal-conservadores han abogado por **modelos representativos y protectores de democracia** (*elitismo democrático*). Aunque para el liberalismo conservador contemporáneo, la democracia se ha convertido en una auténtica **«poliarquía»**.

5. Las tensiones del liberalismo.

La **tradición liberal** disfruta hoy día de excelente **salud teórica**, si bien **no** parece que ocurra lo mismo en sus **expresiones prácticas**. Dicha salud, por tanto, quizás se deba a que, como resultado de la condición fronteriza que la tradición liberal ostenta entre el conservadurismo y el socialismo, se haya dado un **acercamiento** e influencia mutuas. En cualquier caso, sus desacuerdos y debates internos se han desarrollado a la par que sus tensiones externas.

En cuanto a los **debates internos**, comparemos las distintas posiciones liberales. El **liberalismo social** defenderá: 1) el individualismo social; 2) la libertad positiva como complemento de la negativa; 3) límites al derecho de propiedad; 4) igualdad ante la ley e igualdad de oportunidades; 5) redistribución de la riqueza a través de justicia social; 6) ampliación e intervencionismo estatal y ciertos aspectos del Estado de bienestar; 7) democracia representativa y participación ciudadana. El **liberalismo conservador**, por su parte: 1) individualismo posesivo; 2) propiedad privada como derecho casi absoluto; 3) libertad negativa; 4) igualdad ante la ley y, en algún caso, igualdad de oportunidades entendida como carrera abierta a los talentos; 5) rechazo a la distribución de la riqueza y renuncia a la justicia social; 6) democracia protectora y elitista.

En cuanto a las **tensiones externas** del liberalismo, más allá de esa influencia y acercamiento a otras tradiciones políticas, siguen siendo de relevancia debido de los **retos ideopolíticos** a los que se enfrentan las sociedades actuales (pacifismo, feminismo, ecologismo, inmigración, etc.). En todo caso, las confrontaciones de la tradición liberal con la «*alternativa*» socialista, la «*reacción*» conservadora y la «*crítica*» anarquista, que contra ella y con ella se han reconfigurado en múltiples ocasiones, ha sido una constante desde la modernidad y que **no** parece que hayan llegado a su fin.